

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 83

*Vías Transatlánticas: Crítica Latinoamericana
en la República Checa*

Article 18

2016

La vez que Borges conoció a Ilyá Prigogine

Yandrey Lay

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Lay, Yandrey (April 2016) "La vez que Borges conoció a Ilyá Prigogine," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 83, Article 18.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss83/18>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA VEZ QUE BORGES CONOCIÓ A ILYÁ PRIGOGINE

Yandrey Lay

No se deje engañar por el título, es apenas un gancho sensacionalista que he utilizado para atraer su atención. Borges y Prigogine nunca se conocieron. Sin embargo, pudieron haberse encontrado en 1968 cuando Prigogine trabajaba como catedrático de física e ingeniería química en la Universidad de Texas. Ese año Borges pronunció en Austin una célebre conferencia sobre Cervantes donde afirmó que el Quijote era un personaje literario que uno podía llamar amigo, cosa que no ocurría con Beowulf, ni Agamenón, ni con el príncipe Hamlet.

Era la segunda visita del escritor argentino a la capital de Texas. La primera, en 1961, la hizo acompañado de su madre, Leonor Acevedo. En esa ocasión Borges quedó tan impresionado con los Estados Unidos que le pareció había descubierto América. Se asombró al escuchar que en Austin los obreros cavaban zanjas mientras hablaban el inglés, un idioma que él creía destinado a fines mayores. El escritor tenía 62 años y ya se consideraba un viejo. Años después, en una entrevista de Mario Goloboff, afirmó que en esa visita los profesores de la universidad local lo tomaron en serio porque se trataba de un poeta ciego, coincidencia que lo emparentaba con Milton y Homero.

También hubieran coincidido en Estocolmo durante la entrega de los premios Nobel de 1977. Ilyá Prigogine lo recibió en Química por su investigación sobre los sistemas alejados del equilibrio. Cuenta Emir Rodríguez Monegal que Jorge Luis Borges estaba punteando en los escrutinios junto al poeta español Vicente Aleixandre. Entonces decidió

hacer una visita a Chile invitado por el dictador Augusto Pinochet, y este hecho, al parecer simple, provocó que fuera excluido de los listines, no solo en esa ocasión, sino para siempre. El autor de *Ficciones* lo tomó con estoicismo, a veces afirmaba que era un escritor futurista y, cuando le preguntaban el por qué, decía: «Porque seguramente soy el premio Nobel del año próximo».

El orden del caos

Jorge Luis Borges (1899-1986) ha sido aclamado como uno de los grandes innovadores de la literatura en el siglo XX, a la altura de Franz Kafka, Marcel Proust y James Joyce. Su estilo se hizo famoso por la forma: las enumeraciones caóticas, el uso imprevisto del adjetivo, la comparación por defecto y el empleo paradójico de la referencia. También porque en su obra incorporó varios símbolos exóticos para la cultura universal y recuperó a muchos otros que habían sido olvidados o habían pasado al desván de la historia: los laberintos, la filosofía de Nietzsche y Schopenhauer, el ajedrez, *Las mil y una noches*, los misterios de la literatura policial, la lotería, los monstruos fantásticos, la *Ilíada*, los patios y zaguanes, la metafísica, el *Quijote*, las bibliotecas, los aljibes, la ceguera, el subjetivismo de Hume y Berkeley, las tradiciones persas, los tigres, las citas eruditas, los espejos, las historias bíblicas, los asesinos de arrabal, las espadas, los mitos escandinavos, las etimologías, el inglés antiguo y la ficcionalización del tiempo. Fue tanta su influencia que en la segunda mitad del siglo pasado Umberto Eco lo incorporó como personaje en su conocida novela *El nombre de la rosa*. Su escuela de imitadores llegó a ser tan amplia que el mismo Borges confesó una vez: «Hay tanta gente haciendo lo que yo hacía, que ya no es necesario que yo lo haga».

El químico Ilya Prigogine (1917-2003) tiene en los círculos científicos una fama similar a la de Borges. Aunque nació en Rusia, en 1921 sus padres se trasladaron a Bélgica, huyendo del comunismo soviético. Allí desarrolló casi toda su carrera científica al punto de que en 1989 el rey Balduino le otorgó el título de vizconde. Le gustaba tocar el piano, se interesaba por la arqueología y tenía una gran colección de piedras sagradas que pertenecieron a civilizaciones antiguas. Debido a la importancia de su trabajo puede ser ubicado entre las mentes más revolucionarias de nuestro tiempo, junto a Werner Heisenberg, Kurt Gödel y Alan Turing. Su investigación de las estructuras disipativas, también llamada de los sistemas alejados del equilibrio, fue la primera de las actuales Ciencias de la Complejidad, paradigma que ha avanzado hasta desarrollar teorías

tan diversas como la cibernética de segundo orden de Heinz von Foerster, el constructivismo radical de Ernst von Glasersfeld, la autopoiesis de Humberto Maturana, la neurofenomenología de Francisco Varela y la cibernética conversacional de Gordon Pask.

De manera semejante a Borges, la vida y la obra de Prigogine fueron materia habitual del escándalo. Para no dar el crédito a su rival Benoit Mandelbrot solía adjudicar al lógico Georg Cantor el descubrimiento de la Geometría Fractal. También utilizaba la Teoría de las Catástrofes, claro, sin mencionar que su autor fue el matemático francés René Thom. Ignoró a Heinz von Foerster y a Mogoroh Maruyama. Con frecuencia los agredidos le devolvían la moneda. Foerster aconsejó a sus colegas que no se dejaran seducir por las teorías de Prigogine, a las cuales llamaba despectivamente «palabras de moda». Se dice que gustaba de autopromocionarse y, afirma el catedrático argentino Carlos Reynoso, que algunas de sus principales ideas las tomó de Arthur Eddington, Norbert Wiener y Ross Ashby. En una época se hizo frecuente bautizar los fractales con nombres de teóricos destacados, como mismo se hace con los elementos químicos recién descubiertos. Ninguno se llama como Ilyá Prigogine.

Sin embargo, hasta ahora son relevantes los aportes de Prigogine al estudio de la organización en las estructuras caóticas. Sus investigaciones fundaron un paradigma que puede explicar cualquier sistema complejo en función de unas cuantas reglas. Antes se pensaba que estos fenómenos, como los ciclones y las migraciones animales, tenían un comportamiento aleatorio. Ahora sabemos que su conducta está basada en potentes ecuaciones y muchas variables, que despreciar alguna de ellas puede llevar a resultados diametralmente opuestos a la realidad y que su misma complejidad impide hacer predicciones a largo plazo. Además de la Termodinámica no Lineal, creada por el premio Nobel de 1977, las Ciencias de la Complejidad reúnen la Teoría del Caos, la Geometría Fractal, la Teoría de las Catástrofes, el estudio de las Series Temporales, la Ciencia de las Redes, las investigaciones sobre la Vida Artificial y las Lógicas no Clásicas. Su propósito reside en crear un paradigma amplio donde las disciplinas tradicionales se vean como aplicaciones particulares de una ley general.

Actualmente se trabaja en la extensión de la complejidad a campos tan disímiles como la biología, las ciencias sociales, la psicología y las neurociencias. En unos pocos años se han obtenido resultados notables. Gracias a ellos podemos comprender la irreversibilidad del tiempo, que los

sistemas posean cualidades diferentes a la suma de sus componentes y por qué una pequeña variación en las condiciones iniciales de un fenómeno puede tener repercusiones desproporcionadas en su comportamiento ulterior. Al aplicar esta última idea el meteorólogo Edward Lorenz, fundador de la Teoría del Caos, sintetizó en 1972 lo que se conoce como la metáfora del pensamiento complejo: «El aleteo de una mariposa en China puede ocasionar un tornado en Texas».

Los diversos caminos del laberinto

El título, del que ya dije que era una trampa, tiene algo de cierto: Jorge Luis Borges e Ilyá Prigogine se encontraron alguna vez. No fue en un lugar físico ni en un tiempo determinado. Sus nombres están juntos, explícito el uno, implícito el otro, en varias historias que prefiguran las Ciencias de la Complejidad. La primera de ellas, «El jardín de senderos que se bifurcan», constituye uno de los mejores cuentos del escritor argentino. Es sin dudas una idea original, libre de las apoyaturas eruditas que hicieron célebre a Borges, pero que limitan la circulación de su literatura entre un público numeroso. Su título, tan engañoso como el de este trabajo, indica que se trata de un laberinto físico, parecido a sus famosos homólogos de Altjessnitz, Hampton Court y Boughton Green o acaso una réplica del tan mentado diagrama de Creta, diseñado por Dédalo para contener al Minotauro.

Nada más alejado de la realidad. En primer lugar «El jardín...» es una parábola estética pues propone la tesis de que la creación literaria circula por caminos tan intrincados que ni su propio autor puede aquilatar el valor real de la historia que está escribiendo. El sinólogo Stephen Albert afirma en el cuento que son asombrosos los motivos que llevan a sacrificar trece años de vida, como hizo el gobernador Ts'ui Pên, para crear una obra perdurable. Las aventuras y desventuras de los escritores también serían abordadas por el autor en «El milagro secreto», tangencialmente, y de forma plena en un argumento largo y aburrido, «Pierre Menard, autor del Quijote». Las tres historias amplifican la idea expresada con claridad en el poema «Borges y yo»: «Yo vivo, yo me dejo vivir para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición».

En segundo lugar la historia de Ts'ui Pên enseña que la gloria artística posee un sabor más auténtico que el más elevado poder terrenal. De

este último se afirma que apenas puede proporcionar los placeres de la opresión, la justicia, el numeroso lecho y los extendidos banquetes. Tal fue el ideal que guió a Borges a lo largo de toda su existencia. Vivió en un apartamento pequeño, dormía en un cuarto mínimo, en una cama unipersonal de hierro. En su habitación solo había un estante diminuto donde se enorgullecía de no tener ningún libro suyo. Igual de reservada fue su literatura, que asombra por la parquedad y por el uso fascinante de elementos ya conocidos. Quizás esto, además del exagerado gusto por la referencia, le impidió escribir una novela. Afirmaba que era insensato redactar un libro extenso para exponer un argumento que podía desarrollarse en tres cuartillas. Manifiesta su desprecio por las novelas en «El jardín... » cuando hace decir al sinólogo que en el tiempo de los mandarines chinos este género era el más despreciable de la literatura.

También existe una interpretación científica de este cuento. La misma combina dos teorías correspondientes al nivel ínfimo de la materia. Una de ellas fue formulada por el Dr. Richard Feynman en 1942, un año después de que Borges escribiera la historia de Ts'ui Pên. Se trata de unos diagramas que, apoyados en la relatividad de Einstein y el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, describen la propagación de las partículas elementales. Esa hipótesis la leí en algún sitio que no recuerdo y después la encontré desarrollada en un libro de Stephen Hawking que se llama *El universo en una cáscara de nuez*. Los diagramas de Feynman tienen forma arborescente y estipulan que en determinado momento una partícula puede encontrarse en cualquiera de los nodos del árbol, con lo cual se establece la existencia de varias series temporales. El suceso dependería de la probabilidad estadística asignada a cada una de las soluciones. Hawking lo resume en una metáfora deportiva: «Pudiera existir una historia del universo en la que Belice ganara todas las medallas de oro en unos Juegos Olímpicos, aunque quizás la posibilidad de que ello ocurra sea muy baja. Casi imposible».

Sin embargo, las fórmulas de Feynman no son la teoría que mejor encuadra el argumento borgiano de permutar una historia en todas sus variantes posibles. El físico estadounidense refiere una estructura arborescente jerarquizada y en «El jardín... », evidentemente, se describe un laberinto rizomático donde todas las soluciones tienen una igual densidad probabilística: «Fang puede matar al intruso, el intruso puede matar a Fang, ambos pueden salvarse, ambos pueden morir, etcétera...».

Más citada, e incluso mejor comprendida, es la variante enunciada por el Dr. Hugh Everet III en 1957, mientras era estudiante de Princeton,

y luego extendida por el científico Bryce DeWitt bajo el nombre de «Interpretación de los muchos mundos de la mecánica cuántica». La misma estipula que cada vez que la materia al nivel cuántico se enfrenta a una elección la realidad se divide en tantos universos paralelos como posibilidades de elegir tuvo. Es decir que, al lanzar una moneda al aire, habrá un mundo en que esta muestra la cara y otro en el que carga la cruz, hipótesis que coincide plenamente con la historia esbozada por Ts'ui Pên.

La idea de Everett fue aprovechada hasta la saciedad por los escritores de ciencia ficción, unos 15 años después de que ya Borges la hubiera intuido en una de sus historias más famosas. Hace muy poco un grupo de científicos de Oxford, encabezados por el físico David Deutsch, demostró que el universo posee infinitas bifurcaciones que han nacido al dividirse en versiones paralelas de sí mismo. Al mismo tiempo dos equipos liderados respectivamente por Nima Arkani-Hamed y Juan Maldacena hallaron fórmulas más potentes y más eficientes que los diagramas de Feynman para describir la física de partículas. Es la caída de un astro y la ascensión de otro. La hipótesis que había sido tachada de poco seria, y que motivó la exclusión de su autor de los círculos académicos, resurge como el Ave Fénix de sus cenizas. Mientras tanto el aparato laboriosamente tolerado por carecer de sustituto competente, ya empieza a parecer arcaico. En el medio de esta polémica científica se encuentra un cuento, escrito antes que cualquiera de las dos teorías por el autor más fantástico que haya dado nuestro tiempo.

La ilusión de la mecánica clásica

Borges no fue un visionario en el mejor sentido de la palabra. Esa condición es apenas imputable a un par de escritores de ciencia ficción: Jules Verne y H. G. Wells. El primero describió artilugios que luego serían submarinos, gramófonos, aviones, luz eléctrica, helicópteros y teléfonos. El otro, en *The time machine*, explicó el tiempo como una dimensión de la realidad unos diez años antes de que lo hiciera Albert Einstein. También profetizó el descubrimiento de la radiactividad artificial, el desarrollo de la bomba atómica y los principales hechos que ocurrirían en la II Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, se habla de «El aleph» como de un agujero de gusano donde se anulan y se encuentran todos los sitios y tiempos. La estructura perfecta de «La biblioteca de Babel» explica el concepto de geometría fractal, disciplina que inauguró en 1977 el matemático Benoit Mandelbrot

con sus investigaciones sobre figuras en las cuales el todo presenta el mismo patrón de forma que sus componentes. Esta nueva ciencia, tributaria del paradigma de la complejidad, contiene a Euclides, a Riemann y a Lobachevsky como casos especiales de una teoría más abarcadora que permite no solo el cálculo de triángulos, rombos y paralelepípedos, sino también el de montañas, inundaciones y crisis bursátiles. Al llegar a estos resultados Borges no tenía puestos los ojos en el futuro, como Verne o Wells, sino en el pasado. Su obra es un compendio de las preguntas de su época, las mismas que el autor debió de haber leído en materiales sobre Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein, Albert Einstein, Niels Bohr o Max Planck.

El asombroso progreso de las ciencias exactas en las primeras dos décadas del siglo XX, coincidente con la niñez y la adolescencia del escritor, hacían esperar no solo la superación del cisma que había surgido a principios de siglo con el descubrimiento de los cuantos, sino que algunos se permitieron soñar con el paradigma compacto que había prefigurado Simón Pierre Laplace. Según la hipótesis de este científico francés, la mecánica (considerada rama principal de las ciencias) debía ser tan perfecta que si se conociera la posición y velocidad de una partícula podría predecirse el estado del universo en cualquier instante del tiempo. La teoría general del campo, la formalización lógica emprendida por Bertrand Russell y la filosofía de Ludwig Wittgenstein fueron los intentos más importantes de alcanzar este objetivo. Para lograrlo se trató de reducir el mundo a unas pocas y claras ecuaciones, considerando que el tiempo transcurría de manera reversible. Priorizaron, además, el estudio de los casos generales sobre los particulares, por considerar que los segundos perjudicaban la comprensión de las verdaderas leyes que movían la naturaleza.

El primer aldabonazo en la puerta del caos lo dio Werner Heisenberg en 1925 al demostrar con el Principio de Incertidumbre que no se puede determinar al mismo tiempo la posición y el impulso mecánico de un electrón. El físico alemán destruyó el postulado inicial de Laplace y con ello la idea de una ciencia omnipotente porque establecía límites para el conocimiento humano. Poco tiempo después Kurt Gödel escribió un trabajo de 25 páginas en el que indicaba la existencia de proposiciones matemáticas que son indemostrables. El por entonces estudiante de la Universidad de Viena refutó los intentos de Russell y Whitehead de constituir la lógica en lenguaje universal de las ciencias. La gota que colmó el vaso llegaría en 1936, en manos de Alan Turing. El matemático inglés

encontró la existencia de algoritmos computacionales de los cuales no se podía decir a priori si estaban correctos o no. Con su afirmación dejaba estipulado que algunas verdades ni siquiera pueden ser comprobadas por las máquinas de cálculo, de mayor alcance, pero con idénticas limitaciones que la mente humana.

El sobreviviente y el fundador

Por aquella época ya Borges era un joven intelectual que gustaba escudriñar los libros de paradojas matemáticas, que discutía de filosofía con Macedonio Fernández y se enteraba por Xul Solar de los últimos hallazgos en las ciencias ocultas. Su amor por los acertijos mentales lo llevaría a ser, no el fundador de las teorías del caos, sino el último exponente del racionalismo en crisis. Quizás por eso el escritor Ernesto Sábato, físico de profesión, dijo de él que solía confundir la terminología científica: el determinismo con el finalismo, el infinito con lo indefinido, el subjetivismo con el idealismo, el plano lógico con el ontológico. No obstante, la explicación fantástica que el literato dio a las preguntas de su juventud, coincide en gran parte con la idea de Ilyá Prigogine de que el tiempo es irreversible y dependiente de los fenómenos que se desenvuelven en él. Así se encontraron, por fin, el sobreviviente y el fundador.

A menudo se dice que Borges intentó refutar el tiempo. Si esto fuera cierto el escritor argentino, amante de las paradojas y las filosofías orientales, se hubiera acogido al pensamiento de Al-Asari, quien solía afirmar que el tiempo se compone de instantes independientes entre sí y que entre ellos no existe relación causal alguna. Curiosamente, a pesar de su subjetivismo militante, Borges emprendió la tarea de buscar nuevas formas temporales, alejadas de la comprensión común que tenemos de este fenómeno. Es por eso que prefirió combatir el pensamiento determinista de la mecánica clásica y pelear en las filas de la nueva ciencia. Repetiría la idea del laberinto rizomático en su cuento «El milagro secreto» al describir el resorte dramático de *Los enemigos*, escrito por Jaromir Hladík, y al imaginar las muertes del personaje en el patio del cuartel. Aquí utiliza, casualmente, el término «serie temporal», además de negar que todos los hechos del universo pertenezcan a una única forma del tiempo.

Quizás por eso en el final de la historia retoma la técnica que Ambrose Bierce empleara en el cuento «Un suceso en el puente sobre el río Búho». Claro, hay una diferencia notable con el argumento del estadounidense. En «El milagro secreto» lo extraño no se produce en la

mente del condenado, sino que ocurre en la realidad, aunque nunca se explica por qué medios. Jaromír Hladík se traslada a otra serie temporal, donde se le concede un año para terminar su drama. Mario Vargas Llosa sostiene lo contrario sin percatarse que ello destruye la confianza del lector en lo que se narra y, como consecuencia, deshace el pacto ficcional que es la columna vertebral del cuento.

A lo largo de su extensa carrera, Ilyá Prigogine trató de refutar una frase que Albert Einstein incluyó en una carta de pésame a la viuda de su gran amigo Michele Besso: «Michele se me ha adelantado en abandonar este extraño mundo. No tiene importancia. Para nosotros, físicos convencidos, la distinción entre pasado y futuro es una ilusión, aunque tenaz». El químico ruso dedicó sus más arduos esfuerzos a demostrar la irreversibilidad del tiempo, tarea en que encontró la oposición de otros científicos, como el ya mentado René Thom. Borges apoyó la idea de Prigogine con su característica manera de afirmar: tratando de negarla.

Así dio lugar a la metáfora de «El otro», una historia donde fabula su encuentro casi a los setenta años con una imagen suya, adolescente aún. Sentados en un banco que tenía una orilla en Boston y otra en Ginebra, una fecha en 1969 y otra en 1914, el escritor explica a su joven yo las cosas que le sobrevendrán en el futuro. Le cuenta la muerte de su padre, la II Guerra Mundial, los muchos libros que escribirá. También que con los años Argentina se ha vuelto un país tan provinciano y engréido que no le sorprendería, dice, que cambiaran la enseñanza del latín por la del guaraní. A pesar de sus puntos en común los dos Borges no se entienden y el más joven de ellos destruye con furia la única prueba de su inesperada charla.

El narrador argentino volvería a las andadas con un cuento titulado «25 de agosto de 1983», el cual se publicó el 27 de marzo de 1983 en el diario *La Nación*. El diálogo se traba aquí entre un Borges de 61 años y otro que cumpliría 84 el día en que se desarrolla la historia. Uno de ellos, el más anciano, habrá decidido suicidarse en su casa de Maipú y Charcas, pero ambos conversan en el Hotel Las Delicias, de Adrogué, el cual había sido demolido tres décadas atrás de la fecha en que supuestamente se desarrolla la narración. Después que el cuento salió publicado muchas personas se preocuparon por la salud de su autor, pensando en que la edad lo llevaría a cometer una locura. Borges, por supuesto, no se suicidó. Algún periodista atrevido le preguntó por qué no había cumplido con sus propios vaticinios y el escritor argentino respondió: «No sé, supongo que por cobardía».

El jardín y los senderos que se bifurcan

En la estación de Ashgrove uno de los muchachos le indica al espía alemán que para llegar a la casa de Stephen Albert tiene que doblar a la izquierda en cada una de las encrucijadas del camino, fórmula que se utiliza, lo sabemos, para encontrar el patio central en los laberintos arbóreos. Resulta curioso pensar que este tipo de estructura posee muchas vías muertas y un solo camino correcto para hallar la salida. La ciencia clásica, antes del descubrimiento de Werner Heisenberg, operaba de forma idéntica. Creían que si uno se esforzaba lo suficiente podría extraer de los fenómenos naturales la ruta única de la verdad. El propio Einstein pasó los últimos años de su vida buscando una teoría que abriera la puerta de todos los misterios del universo. Mientras tanto, él y un puñado de sobrevivientes de esa primera generación del siglo XX, abjuraban del Principio de Incertidumbre y procuraban una refutación sensata de él. Algunos de ellos sufrían el mal de los ciegos que se pusieron a palpar un elefante: «El elefante es largo, delgado y tiene una mota de pelo en la punta», dijo el que había dado con la cola. «Mentira, es grueso y corto», dijo el que se tropezó con las patas. «Los dos están equivocados...», gritó el que estaba acariciando la trompa.

Sabemos que el elefante es todas estas cosas al mismo tiempo, como parece demostrar el laberinto rizomático. Las bifurcaciones que ocurren en los fenómenos humanos, en concordancia con el título del cuento, constituyen uno de los conceptos centrales de las Ciencias de la Complejidad. Son reacomodamientos que ejecutan los sistemas alejados del equilibrio cuando se encuentran en un momento crítico. La gran cantidad de variables que intervienen en la elección impiden que se pueda efectuar una predicción a largo plazo de este comportamiento. Tanto es así que, para condiciones similares, resulta improbable que un proceso repita dos veces el mismo camino.

La existencia de varios senderos simultáneos para la historia de Fang parece ser la solución que Borges opone a la cruda realidad de la existencia humana. ¿Por qué lo hizo?, ¿cómo se le ocurrió? Precisamente en eso reside el milagro de la creación artística. Quizás tuvo contacto, lo sugieren varios de sus argumentos, con un yo del futuro, un hombre que le adelantó cosas del mundo que vendrá. Tal vez ese espía del futuro fue el propio Ilyá Prigogine, con lo cual se hace cierta la hipótesis que habíamos planteado al principio de este ensayo. De cualquier manera la idea de Borges, la hipótesis de que en las ficciones ordinarias el

protagonista siempre se enfrenta a diversas alternativas con el tormento añadido de que debe escoger unas y despreciar otras, dejó descendencia literaria. Las más evidentes se encuentran en el Cortázar de *Rayuela* y 62/ *Modelo para armar*.

Puede ser que en uno de esos pasados que se bifurcan Ernesto Sábato nunca hubiera abandonado la física teórica para dedicarse a la literatura. O uno en que Hugh Everett III no se haya refugiado en el alcohol y en su trabajo como contratista del ejército para olvidar las burlas que le hicieron a su teoría de los muchos mundos cuánticos. Quizás, en una ficción del honorable Ts'ui Pên, los padres de Ilyá Prigogine nunca abandonaron la Unión Soviética y hoy su hijo no contaría en el canon de la ciencia occidental, sino en el panteón que reúne a Lev Landau, Abraham Ioffe y Piotr Kapitsa. Más aún es probable que en alguno de esos tiempos simultáneos Jorge Luis Borges haya engendrado hijos y haya sido feliz aunque, para pesar nuestro, no hubiera resultado el gran fabulador que conocemos hoy.

Estas son vanas especulaciones. El pasado es un tiempo sobre el que no podemos actuar y el presente muere en cuanto se habla de él. Por eso prefiero el futuro, el tiempo verbal en que toda ficción puede ser posible. Pero le advierto: cuando nos encontremos por ahí yo expondré tesis completamente opuestas a las que ahora defiendo. No se sorprenda. A fin de cuentas, en literatura la única regla fija es que no existen reglas fijas.